

Sandra Hochman

Nota de despedida

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Prefacio: Las notas del fin de semana	13
<i>Flashback</i> : Jason	15
La voz de Haig	18
Pareja	23
Divorcios	26
Los ciegos	30
Lamento por mi cabeza	42
La Casa del Bogavante	61
1.001 lecciones de higiene femenina	72
La millonaria	108
El <i>blues</i> de los ángeles caídos	114
No se busca	121
Hacer sombra, como en el boxeo, o la política de la paz	127
Haig	132
Soledad y nervios	144
París	163
Philippe	170
El Beth	178
Nacimiento	187
Don Perro	190
Primera persona del presente de indicativo	196
Vida animal	203
Cabalgando a pelo hacia Divorcilandia	238

Para Alexandra Emmet

ACRÓBATAS

Yo también estoy
estirando. Y desafío el aire igual que tú —me retuerzo en
inauditas posiciones—, hago el
Wrisly —con una mano me toco el pie, con un pie me toco el
otro, como tú, abocada
a tener pies soñadores, a tener manos de aroma penetrante
como las naranjas—, el bendito silencio de una pirueta en el aire
con la que no aterrizas en ninguna parte. Nosotros,
estúpidos zombis,

soñamos sueños que nos turban y nos hacen leves como ángeles.

Prefacio

Las notas del fin de semana

Me llamo Diana Balooka y me he casado tres veces. Mi primer marido era hipnotizador y ahora dirige el Centro de Refuerzo, que cuenta con oficinas en Los Ángeles y Nueva York. Aunque tenemos la nulidad matrimonial, nos seguimos viendo en el Roseland porque a los dos nos encanta bailar en sociedad. Mi carrera como bailarina de claqué en los festivales de verano y en Broadway quedó interrumpida para siempre cuando me enamoré de mi adorado segundo esposo, un abogado muy guapo que trabajaba para el servicio diplomático y fue nombrado cónsul general en Birmania. Allí nos hicimos los dos sacerdotes según el canon de Pali y oficiamos los ritos de la ceremonia de las velas. Imaginaos la conmoción que sufrí cuando mi amado sacerdote, marido, maestro y dulce alma gemela se resbaló en una pagoda y murió en la posición del loto. Hombre famoso, bien conocido por su amabilidad y sabiduría, era toda una celebridad en Asia, y su nombre sale a menudo en los crucigramas de todo el mundo. No me quedaron ánimos para seguir con el claqué después de una experiencia tan trágica, así que volví a los Estados Unidos, donde estudié los efectos psicológicos que tiene el divorcio en los hijos. Como es lógico, mi tercer matrimonio tenía que durar toda la eternidad. Mi tercer marido, un israelí piloso y pelirrojo, enamorado de los bosquimanos de África —era antropólogo y había participado en los famosos estudios del comportamiento humano en Puerto Príncipe—, perdió un brazo un día que salió a cazar cocodrilos, y volvió a su amor de siempre, los estudios de

ecología-medioambiente-población, hasta que se hizo especialista en biología de poblaciones. Para completar su interés por los ámbitos de la calidad del aire, la comida, el control de natalidad, de mortandad y la crisis medioambiental total, se pasó a la empresa privada y, al poco tiempo, acabó en el negocio de los fertilizantes. Yo le preguntaba: «Jason, ¿qué se siente cuando aparece uno en el *Diccionario biográfico* como autoridad mundial en estiércol?». Se rascaba entonces la barba pelirroja, soltaba una risa y decía, con su fuerte acento de Oriente Próximo: «Cuando la mierda me llegue hasta las orejas, por lo menos sabré que es mierda mía». Por aquel entonces, todavía nos reíamos juntos.

Flashback: Jason

El amor es hola y adiós. La vida es hola y adiós.

Me pregunto qué salió mal con Jason.

¿Y conmigo? Difícil explicarlo. El cariño desapareció de repente. Desapareció la ternura, dejamos de hablarnos y de hacer el amor. No hablábamos. No nos tocábamos. Y entonces, ¿cómo se comunica la gente? Con los ojos, se comunica con los ojos. Pero él nunca me miraba a los ojos. Yo no apartaba la mirada de los suyos, buscaba una mirada suya que me dijera algo, y no encontraba nada. El hombre de los ojos ensombrecidos un día decidió que se iba de viaje de negocios: negocios de fertilizantes. Yo solo sabía que hacía meses que no teníamos relaciones sexuales; y que no quería quedarme sola. Tenía a la niñera para que se ocupara de mis cuatro hijos.

—Llévame contigo, Jason. —Sin mirarlo a los ojos.

—No puedo.

Me daban ganas de gritar:

—Mírame. Reconóceme. —Me sentía como la República de Cuba—. ¿Te importaría reconocerme?

—Sí.

Al final, ya no quería que me reconociera. Lo llevé al aeropuerto.

—Cuídate —me dijo. Y entonces pensé: pero ¿sabes tú cómo se conjuga el verbo «cuidar»?

Me llegaron cartas tuyas mientras estuvo de viaje. Aunque no eran cartas, parecían más bien instrucciones: Llévame la ropa al tinte. Renueva la póliza del seguro. ¿Qué tal los niños? ¿Los llevas al médico cuando les toca? Cartas que eran listas de indicaciones, sin alma. Solubles en agua y poco más. Me estaba echando fertilizante en la cabeza. Y yo me sentía enterrada. Aparece una mujer enterrada bajo una pirámide de mierda. Me estaba vendando todo el cuerpo. No me quedaba más que esperar a la momificación. Haig.

Haig. Él quitó los jirones que me cubrían. Me sacó del sarcófago y resucitó a la momia. Mis fluidos se disolvieron despacio. Y la mujer que estaba dormida en la tumba del no tocar y el no mirar y el no sentir volvió a la vida. El Dador de Vida. Haig, el que da la vida. El rey sol. El hombre, médico y amante que me quitó los trapos y me echó el aliento en los ojos. A mí. Bella Durmiente, tú que llevas seis años de casada dormida: despiértate ya. Y vive.

Un día en la vida de una naranja. El chiste malo del verano. Quogue. Un pueblo famoso por los marineros y por las mujeres que se quedan en casa construyendo sus pirámides de quejas entre los montones de tarjetas telefónicas gastadas en llamadas a cobro revertido o con prepago. La franja de tierra que es Long Island, con forma de pinza de bogavante, que llega hasta la bahía de Long Island y el océano Atlántico, y Quogue, que está al principio de la pinza, los dos tienen la culpa, aunque no lo parezca, de que me vea yo así, con el alma zarandeada por los temporales: de mi principio y mi final. Y de mi mal humor.

Anoche oí la historia de las naranjas. Salí a cenar con Micah, una judía francesa muy religiosa, de padres cabalistas. Micah vive ahora con vistas al océano, y esos ojos tan grandes como el mar se le llenan de olas. Cuando estábamos cenando, se volvió hacia mí y me dijo: «Quiero contarte un sueño. Estábamos todos juntos en un jardín, toda mi familia, mis amigos, todos los pintores que viven en East Hampton. Y nos dieron a todos una naranja para que la estudiáramos. A la media hora, nos dijeron que dejáramos las naranjas en un montón. ¿Y luego? Luego teníamos que co-

ger cada uno nuestra naranja del montón e identificarla. Porque cada naranja es distinta de todas las demás. Igual que cada vida es distinta de las otras. Aunque todas las naranjas se parezcan. Y sean todas iguales. Así que nuestras vidas, Diana, se distinguen unas de otras como las naranjas. Y, a la vez, nuestras vidas... pues son todas iguales».

Menudo chiste, este zumo de naranja que es mi vida: el zumo que me exprimen, y mi jardín de naranjos, mi naranjal de agravios y zumo de vida. Los zumos que fluyen del pozo redondo en el ombligo de la gran madre naranja que es mi vida. Cada vez me cuesta más distinguir mi naranja de las otras. La piel. La gruesa capa que recubre la naranja. Partida en dos está mi vida.

¿Qué me pasó aquel verano? Por aquel entonces, me estaba divorciando por primera vez. Una muerte, una anulación. Y ahora un divorcio, peor que la muerte. Mi abogado está sentado detrás de un escritorio de madera de nogal, en Nueva York. Tiene en el despacho sus títulos universitarios, las fotografías de sus hijos, sus papeles, los legajos que dan fe del sube y baja en el mundo de los matrimonios. Es él, el rey de los matrimonios, el pequeño rey Salomón que rige el mundo de incompatibilidades y mal genio, el que decide cada día quién va a separarse, a cargo de quién van a quedar los niños, para quién serán los muebles, quién pagará el seguro médico. Sus legales secretarias traducen a jerga legal sus visiones armadas. Pero él es el que desenmaraña el caos de nuestra vida.

Me siento mirando al océano y hablo por teléfono con mi abogado: son llamadas que bien podría abonarme la Asociación de Sordos. Porque, por mucho que le suplique para que la decisión se alcance pronto, siempre me responde lo mismo.

«Jason se niega a firmar el acuerdo»; o bien: «Al señor Eyrenstein le está costando dar con Jason». O: «El señor Eyrenstein se ha ido a Florida y no puede atenderla».

Por lo menos dígame algo nuevo. En septiembre tendremos que ir al tribunal. Y más me valdría empezar a hacerle la corte a una nueva vida. Porque cortejar al amor es una invitación al desastre. Corte corte, ¡corte por lo sano, que la vida es muy corta! Deme cortisona, que me ha picado una avispa israelí pelirroja y manca: ¡Jason!